

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, 1 de noviembre 1952

Núm. 1005

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

recio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".
(Jesucristo a sus discipulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

Historia de un dolor de barriga

Don Cosme tiene tres mil duros de renta al mes y una barriga de seis palmos de través; es hombre influyente y enemigo de curas y frailes.

Cierta tarde llaman a la puerta de su casa y un criado anuncia una visita:

—¿Qué quieres, Juan?

—Señor, aquí está el cura de la parroquia.

—¿Qué buscará ese hombre? Dile que no estoy.

—Dice que necesita hablar con Vd.

—Dile que no recibo.

—Cosme, por Dios, exclama su esposa entrando en la salita, recibe a ese señor, siquiera por cortesía, van a decir que eres un grosero.

—Me molestan las conversaciones con esa clase de gente. Ya verás como viene a pedir dinero.

—Cosme, no me sofoques,... Juan, dile que entre.

Don Cosme pone su peor gesto y entretanto alzáse el portier y aparece un sacerdote flaco y viejecito.

—Dispense Vd., Don Cosme, dice saludando. Vamos a comenzar el mes consagrado a las ánimas del purgatorio, y, como hay que hacer algunos gastitos y la iglesia está tan apurada de dinero, me he acordado de Vd. y de su señora.

—Pues ha hecho usted muy mal en acordarse.

—¿Por qué, amigo mío?

—Porque los tiempos no están para gastos. Harto tenemos en mantener los cuerpos para pensar en mantener las almas.

—¡Señor D. Cosme! ¿qué me dice usted? Siempre lo tuve a usted por un buen católico.

—Y lo soy; pero no me gustan las beaterías.

—Y llama Vd. beaterías dar culto a Dios y rogar por las almas de los difuntos. ¡Ah! ¡Si Vd. supiera cuanto agradece Dios esa caridad!... ¡Si usted supiera cuanto se alcanza, a veces, por la intercesión de las benditas almas!

—Pues mire Vd. por ahora no necesito saberlo, señor cura; cuando lo necesite ya le llamaré a usted.

Doña Tula, la esposa del opulento

señor, se pone mas colorada que un pavo

El cura toma el sombrero y apenas si halla la puerta.

¡Tula, qué dolor de barriga!; deben haberseme indigestado las aceitunas.

—¡Si fueran solo las aceitunas!, pero anoche cenaste exageradamente y ya sabes que no te sienta bien.

—¡Qué dolor tan horroroso!; llama corriendo al médico.

El criado sale como una flecha, y a poco llega el médico, el cual se acerca a la cama, pulsa a D. Cosme y declara que tiene un cólico de revienta perros, que es muy posible se lo lleve al otro mundo.

La casa se pone en movimiento.

Don Cosme al observarlo se asustó extraordinariamente.

—Tula! exclama mirando a su mujer con ojos espantados; ¿qué dice el médico?

—Que no estás bueno

—Noticia fresca. Eso ya lo sé

—Y que te van a aplicar unos cuantos remedios, que te molestarán un poco.

—¿Más todavía? ¿Señor, qué quereis de mí? ¡Yo que estaba tan bueno! No os desculdeis, corran inmediatamente a la farmacia.

El criado vuelve a salir y viene cargado de medicamentos diversos.

Doña Tula, toda temblorosa, comienza el tratamiento con fricciones en el vientre. A cada restregón el paciente pone el grito en el cielo.

—¡Tula, me muero; esto va muy mal!

—Tranquilízate hombre que el Señor te curará.

—Mira, podías hacer una oferta.

—Encenderemos una luz a las almas benditas.

—Si; sí, enciende una. Y si no enciende dos, será mejor

Doña Tula toma un vaso, le pone agua y aceite y enciende dos lamparillas.

Don Cosme sigue quejándose alarmantemente: el dolor en vez de ceder aumenta. De pronto empieza a hincharse un costado.

—¡Tula! ¡Tula mia!; estoy peor; enciende otra lamparilla.

Doña Tula enciende otra luz; pero el dolor no cesa, y D. Cosme pone el grito en las estrellas.

—¡Tula me muero! ¡las almas esas no quieren oírme! Tengo cada vez más dolores. Por Dios dame otra untura y enciende de una vez todas las lamparillas que hay en casa.

Doña Tula, sin saber ya lo que hace, empieza a sacar cacharros con aceite, y arma una iluminación tan estupenda que los vecinos creen que la casa está ardiendo.

Entre tanto, el médico, apercebido de la gravedad del caso, al marcharse deja recado al cura y este se presenta en casa de D. Cosme.

—¡Señora! el cura de la parroquia, dice otra vez el criado Juan.

—¡Que entrel contestan a coro el marido y la mujer.

Esta vez es recibido muy agradablemente.

—¡Don Rafael de mi vida! exclama Doña Tula al verle entrar. Cosme está muy grave.

—¡Don Rafael de mi alma! exclama D. Cosme con voz apagada, me muero sin remedio.

—Pero, señores, calma, contesta el sacerdote, calma ante todo y mucha confianza. El Señor los visita con esta enfermedad. El sabrá por que... Pero... ¿a qué viene tanta luz? pregunta sorprendido por las docenas de candilejas que chisporrotean apestando la habitación.

—Arden por las almas benditas, dice D. Cosme.

—Pero señores, no tanto. ¿Si creerán Vds. que las almas se conquistan a fuerza de aceite? Van Vds. a apestar la casa.

Don Rafael abre las ventanas.

Después se sienta al lado del enfermo, le anima, le limpia el frío sudor que empieza a correr por sus mejillas y le habla algunas palabras al oído.

Don Cosme abre los ojos llenos de lágrimas y estrecha la mano del sacerdote.

Horas después, D. Cosme, hecha una gran confesión general, arrepentido de todos sus errores, rectificando su vida, cubierto de reliquias, rociado de agua bendita, y después de recibir los Santos Sacramentos, entra en una corta agonía y deja de existir.

A la mañana siguiente un solemne funeral y un gran entierro cierra la vi-

da del hombre enemigo de curas y frailes.

El clero rodea el cadaver y entona salmos y oraciones de difuntos.

¿Cuando se acabarán estas farsas? pregunta indignado uno de los amigos del difunto al escuchar los salmos funerarios.

— ¿Ha dicho Vd. farsa?, señor, contesta Juan el criado que pasa en aquel momento por entre los congregados al entierro. ¡Cómo se conoce que aun no ha tenido Vd. ningún dolor de barriga!

X.

Moral profesional

Con la aprobación del patriarca-obispo de la diócesis, ha comenzado sus actividades la Comisión organizadora de una 'Campana pro moralidad, que, por su orientación y fines, es acreedora al mayor elogio. Su invitación a sumarnos a esta campana es, en verdad, insoslayable. Comencemos por un problema profundamente enraizado en la vida actual.

La voz "inmoralidad" ha ido perdiendo progresivamente contenido hasta quedar reducida en la mente de muchos a sólo un sector de lo que en realidad es. Una interpretación pecata y deformada de la ética ha olvidado muchas veces ocho mandamientos para sólo subrayar dos.

Es preciso denunciar el peligro. Que la predicación de algo tan egregio como la pureza no pueda servir nunca para crear una cortina de humo que nos oculte otros morbos sociales, alguno tan grave como la falta de moral profesional. Nadie escapa a este imperativo de entrega a la propia obra. No es privativo de los jóvenes, ni se localiza sólo en las playas. La sociedad entera desde su cabeza visible hasta sus miembros más modestos, está asentada sobre la fidelidad al propio trabajo. Son ya demasiados los que no se escandalizan de que los obreros necesiten la constante vigilancia del capataz, los funcionarios, la de su jefe, y éste, la de sus superiores jerárquicos. A pocos extraña que el profesor no enseñe, el médico diagnostique mal, el pensador escriba tonterías y el oficial no se ocupe de sus tropas. Si se hiciera una estadística que nos descubriera el número de personas que desempeñan puestos para los que son incapaces, habría más de un sorprendido. Y si se añadiera las que no los desempeñan bien, porque no quieren, el espectáculo nos produciría angustia.

Es probable que la causa de este mal esté en la insuficiente remuneración de muchos trabajos y empleos. Pero es evidente que la irresponsabilidad e inactividad de muchos excede los límites de una prudente "oculta compensación". Además, las consecuencias de este gran desajuste social son generales y amplísimas, porque de la eficiencia de cada uno y de la perfección

de su obra viene a depender, en último término, el bienestar de todos. Si cada ciudadano deja de cumplir individualmente, se atasca la máquina entera de la administración, la rentabilidad de la industria disminuye, el nivel cultural desciende, los campos producen menos, las mercancías bajan de calidad, la pedagogía se convierte en pura ficción, y la combatividad de las unidades en retórica oficinesca. El Estado entero se convierte en una gran metáfora. Y toda la vida política se desarrolla bajo el signo de la desaprensión y la desconfianza.

Quien acepta un trabajo a cambio de una remuneración y no lo ejecuta, o lo ejecuta mal, viola una ley moral. Es frecuente clamar contra los injustos beneficios de los grandes financieros o de los más destacados políticos. Pero muy rara vez se denuncia el injusto beneficio de quien dentro del Estado o articulado en una empresa privada, entiende su tarea como algo teórico que apenas le atañe. No basta con cubrir el expediente. A cada cual le corresponde lo suyo. No es lícito aceptar una remuneración obtenida mediante la ficción de un trabajo. Esto es simplemente, un fraude al Estado o a las empresas, o a los particulares, y en definitiva a la sociedad.

Para muchos, el problema fundamental es—mediante un esfuerzo esporádico, generalmente juvenil—corrostar, por oposición o sin ella una renta vitalicia, asegurada luego por un simulacro de trabajo. Esto es evidentemente inmoral. Como lo es especular con una mayor preparación intelectual para ofrecer a la sociedad, como buenas, mercancías, recetas, dictámenes, proyectos, libros, obras de arte—, que son en realidad, robadas defectuosas o puramente ficticias.

Que la "Campana pro moralidad", ya en marcha, contribuya a remover las tibias conciencias de nuestro tiempo. La moral profesional en todas sus facetas—secreto, fidelidad a la propia obra, sentido ofertivo del trabajo, honestidad radical—es una de las predicaciones que más necesita la sociedad contemporánea. Quizá más aún que otras bien sabidas, y cuya transgresión cuenta por su nítida evidencia, no sólo con la íntima sanción, sino con la pública y airada de la sociedad y de las leyes.

Publicado en "ABC" el 12 de Septiembre de 1952.

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado
DE



José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
(Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

El nacimiento del Hijo de Dios se acerca.

Otra vez, un año más, vamos a conmemorar un hecho cuyas consecuencias iban a perdurar eternamente, manteniendo vivo el interés de todas las generaciones que habrían de hablar y discutir con apasionamiento extraordinario los años de la vida de un hombre, cuya palabra y cuyos hechos revolucionarían al mundo entero.

Después de El, todos los acontecimientos que la historia nos iba narrar y los que habrán de ocurrir en el futuro, tendrán sus hondas raíces en la doctrina de Aquel que nació de un modo sencillo y humilde, y moría 33 años después, ajusticiado entre dos ladrones.

Sin embargo...

Es inútil sustraernos a la influencia de los principios evangélicos. La religión surge por todas partes. Tal vez en formas diversas como consecuencia de la ignorancia y la incultura, o en forma imperfecta y deformada por la perversidad de los hombres; pero la fé, la creencia de Dios, la influencia grandiosa que aquellas palabras que, escuchaban los discípulos de Jesús de Nazaret, esas palabras continuarán sonando como un eco que los siglos transmiten de generación en generación.

No podemos evitar la fuerza de la fé que se nos impone.

Si por desgracia, la perversidad de unos padres nos ocultaron la esperanza grandiosa de la religión, de nuestro interior escuchamos las voces que nos gritan llenas de deseo grande de la fé.

Nada llena nuestras aspiraciones. Con nada nos podremos saciar. Es posible que el mundo nos rodee de riquezas y comodidades, de placeres y alegrías humanas, y colme aparentemente, el ansia que nuestro corazón busca... y no lo encuentra.

El rico, el que goza de todos los placeres que el mundo puede ofrecer, el que todo lo tiene, el hombre lleno de salud y de vida, si le preguntais y él responde con nobleza a vuestras preguntas, os responderá que no es del todo feliz; que algo le dice muy adentro que su alma no está satisfecha, y que en el mundo no puede saciar la sed con las fuentes del camino.

Cursillo de CONTABILIDAD

Comienzan las clases en Noviembre

Duración: CUATRO meses

Horas de clase: desde las 6 de la tarde

Muralla, 7 - 1.º

Teléfono 3988

GIJON

Y si tal vez preguntais al lego de oscuro convento, cuyas preocupaciones e inquietudes se cifran en tener muy limpio, muy limpio, el altar de la Virgen encomendando a su custodia, y siempre con flores frescas y hermosas, y en ocuparse de los menesteres de la limpieza, lo mismo de la vieja iglesia que de la oscura cocina conventual, es posible que os contesten sus ojos sin hablar siquiera, que él es muy feliz en el apartado rincón de su convento, donde vive hace muchos años, y a donde no llegan las inquietudes del «mundanal ruido».

¿Cómo es posible este contraste que a los ojos mundanos parece un absurdo?... La fe, el amor puro que le proporciona la fe, hace al milagro.

El esperará la muerte, con la misma tranquilidad que espera el toque de campana llamando a la oración. Nada deja en el mundo. Nada tenía; tal vez le preocupe solamente si estará bien atendido el altar de la Virgen cuando él se vaya; pero se alegra y regocija porque desde el cielo cuidará que los rosales den hermosas flores, para que no le falten en su altar a la Virgen que le sonríe agradecida.

Y ahí está el contraste. Las ansias del alma no se satisfacen con las alegrías del mundo. Necesitan esas otras alegrías, que se salen del marco humano y rebasando el barro que nos sujeta, llega hasta las cumbres que nos acercan a Dios.

Otra vez vamos a revisar toda la historia de un Hombre que es Dios, y que por eso sus obras y sus palabras no podrán jamás de ser escuchadas a pesar de los siglos que pasaron, pues sus ecos son como el alud que baja del monte empujado por el viento y no hay fuerza humana que lo contenga por la fuerza extraordinaria de sus principios.

Es inútil querer sustraernos a sus consecuencias.

El evangelio es la palabra de Dios al hombre, dictada con tal fuerza que la llevamos gravada en el corazón. Si no seguimos sus dictados, nunca podremos ser felices como el lego del oscuro convento que vive muy feliz apartado de las inquietudes del «mundanal ruido».

Ya escuchamos la voz del precursor. Jesús de Nazaret se acerca.

R.

CHARLA

—Buenos días, Don Jaime, ¿cómo va usted?

—Bien. Magnífico. Abundante de todo.

—Extraño, oír eso en los días que corremos.

—Y sin embargo, no le engaño. Abundante de todo.

—¡Qué suerte!

—No vaya tan aprisa, mi querido amigo Don Fernando.

—¿Dónde está la abundancia?

—Tengo mucha salud, a Dios gracias.

Tengo mucha familia, gracias a Dios; pues no me quejo. Cada uno tiene su encanto. Tengo mucho trabajo, que también tengo que dar gracias a Dios, pues es preciso para sacar adelante tanto futuro hombre y mujer del mañana, y tengo muchas ganas de trabajar y otras muchas cosas más que no menciono.

—No está mal.

—¿Qué trae por aquí?

—Vengo a pedirle dos cosas: consejo y ayuda. Como Vd. puede dármele, vengo a buscarlo.

—Venga primero el consejo que desea, pues ya sabe Vd. que lo más barato de dar, son los consejos; pues cuestan poco, aunque de poco sirven.

—Es sobre mi hija. Tiene 18 años, el bachiller, es despejada, tiene ganas de hacer algo, trabajando en alguna parte, pero...

—Ya sé. Vd. se resiste a ello. Le comprendo. Vd. cree como yo, que somos de antes de la guerra, que la mujer debe de estar en su casa, preparándose para ser una mujer, como lo fueron y son nuestras esposas, y le duele torcer la dirección natural de un ser humano que no nació para hacer de hombre en la sociedad. ¿No es eso lo que piensa?

—Exacto. Y no acabo de aceptar estos nuevos tiempos de la incorporación de la mujer al trabajo, fuera de casa, en ocupaciones varoniles.

—Vd. y yo coincidimos; pero con lo que no coincidimos los dos, es con los tiempos.

—Algo anda mal en la nueva organización de la vida y creo, cada vez que medito en ello, que nosotros, al no aceptar esa nueva orientación de la mujer, estamos en lo cierto.

—Eso creo yo.

—Si se casan pronto, el problema desaparece aunque continuará tal vez para el matrimonio nuevo, pero eso ya no es cosa nuestra.

—Y si no se casa ¿que va a pasar?

—Ese es el problema.

—¡Y quiere Vd. mi consejo!

—A eso vine. Es Vd. un gran amigo y tiene también que pensar en que no tardará mucho en presentársele. Si los sueldos que gana el marido no son suficientes para atender la familia y dar a los hijos lo indispensable, ¿no vemos otro camino que torcer la misión de la mujer en la vida social?

—Tristemente desagradable, pero cierto.

—Y cree Vd. que este problema tendrá solución?

—Eso intenta nuestro Gobierno por todos los medios y su intención es loable, pero por hoy el problema rebasa todas sus buenas intenciones. A un buen matrimonio le quita Vd. del sueldo del marido la renta de la casa y comerán cinco días y el resto...

—A trabajar la mujer. Y si tiene hijos a matarse los dos trabajando.

—¿Qué esperanzas hay en la sociedad?

—En esta generación ninguna. Encajamos mal en los momentos en que vivimos; pues nos ha tocado una época de transición hacia no sé dónde, pero el porvenir es incierto en cuanto a la organización familiar.

—¿Es Vd. pesimista en eso?

—Un mero espectador que sigue el drama sin tener idea del final.

—Entonces...

—Hay que vivir al día. Solucionando el problema diario sin pensar en hacer cálculos para el mañana, pues éste está en las manos de Dios.

—Su consejo, por tanto...

—Mi consejo es, que antes de que las privaciones afecten a los principios clásicos de la familia, recurrir a los medios posibles y que sean más adaptables a nuestro criterio sano de «antes de la guerra» y confiar en Dios, que El todo lo puede.

—Es doloroso, pero veo no hay otro remedio.

—¿Qué va Vd. a hacer? Yo le voy a dar una solución intermedia. Le voy a dar trabajo a su hija para que lo haga en su casa, con su máquina de escribir, y así no se incorpora totalmente a la vida masculina de las oficinas y trabajos que hemos de evitar en lo posible.

—Esa era la segunda consulta.

—Por eso se la doy antes de que la pida. Hay que buscar a la mujer, en el caso en que no haya más remedio que aportar a casa medios más abundantes, un trabajo casero, siempre que sea posible u otro trabajo de esos en que la mujer está más adaptada por ser ocupación femenina; pero procurar, por todos los medios, no encasillarla en un ambiente contrario a su naturaleza de mujer.

—Agradezco sus dos consejos, Don Jaime.

—Hay que luchar y defender las trincheras una a una. Es nuestra misión de padres de familia al estilo de «antes de la guerra» ¡Qué vamos a hacer! Los nuevos modos han venido esta vez muy aprisa y nos ha cogido desprevenidos; pero no vamos a rendirnos por eso. Menos mal que ya vamos para viejos; pues al paso que vamos tan aprisa habremos de ver cosas más difíciles.

Don JUSTO

A SANTA CECILIA

(SONETO)

Aún resonaba el eco de aquél canto de tu voz melodiosa y diamantina, que llenaba la cárcel Mamertina glorificando a Dios tres veces Santo.

Cuando un sicario, con terror y espanto de un solo tajo de su espada, atina a cortar tu cabeza, que se inclina sonriendo muerta, sin dolor ni llanto.

Muda tu boca, la canción truncada, de fe en la Trinidad soberbio credo, fué en tus manos seguida y acabada.

Una mano se extiende y con denuedo, tres dedos marca: Trinidad ¡Sagrada! y a un solo Dios, marca otra mano un dedo

Hermenegildo RODRIGUEZ

Su fiesta, el 22 noviembre

LA MUJER QUE RIE

Eternamente pasa por ciudades y aldeas una mujer que ríe sin descanso ni tregua; y su estridente risa, llena ¡ay! de tristeza el corazón de cuantos a escucharla se aprestan. Para hacer

que no ría el árbol la presenta su semilla sin fruto, sus ramas mustias, secas, sin hojas que lo adornen, sin hojas que lo alegran; su lecho el río sin agua; los campos y praderas sin verdor y sin flores, su hierba amarillenta. Pero esa mujer ríe sin descanso ni tregua; y su estridente risa, llena ¡ay! de tristeza el corazón de cuantos a escucharla se aprestan.

Para impedir que ría, ver su recinto dejan las tumbas todas que ábrense mostrando polvo y tierra. Las casas también se abren soledosas, desiertas, su hogar vacío mostrando que causa el verlo pena; porque sus moradores igual varones que hembras, horrorizados huyen en amarga odisea o se ven inmolados víctimas de la guerra que asola implacable los aires, mar y tierra. Las mujeres estériles, llorando su impotencia, señalan desoladas su seno que no engendra. Los hombres agobiados al grito la conciencia pregonan sus delitos, sus crímenes confiesan. Las gentes todas claman con voces que amedrentan: — ¡Ve cuánto padecemos!... — ¡Mira nuestras miserias!... — Y esa mujer en tanto, riendo cruza aprisa entre tantos dolores, entre tantas lacerias.

Unos dicen acordes, que la mujer aquella es la VIDA en persona; otros, se manifiestan de la implacable MUERTE la figura siniestra.

Y en tanto que ella ríe la gente llora e incrépase.

MOISES GARCIA FERNANDEZ

● Comentando

Claudicación

Tengo que confesar, con los más subidos colores en mi rostro, que he claudicado. El negarlo sería inútil, ya que mi prevaricación ha sido pública y notoria. Yo, desgraciado pecador, desde las columnas hospitalarias de esta sensata revista, he escrito muchos artículos llenos de fobia y de rabiosa persecución, contra las bicicletas, quizás por algún resentimiento antiguo, que aún azuzaba mi ánimo y movía mi pluma siempre dispuesta al escándalo.

Hoy cubre mi rostro la vergüenza de una retractación absoluta. ¿Pero he sido yo aquel que tales cosas dijo del más noble instrumento de locomoción humana? ¡Pecador de mí que tal ceguera oscureció mis ojos y mi mente, e hizome caer en tan bajo oprobio como el de censurar por venganza lo que a la larga, había de alabar y ponderar sobremanera!

Noto la desconfianza del pío lector, y es que estos cambios de postura, como otros aún más significativos, sólo sirven para que la duda nazca al juzgar a una persona. Pero no; no dudes de mi bondad, lector dilecto, que en este caso más que el arrepentimiento de mi anterior postura, me mueve la conveniencia a adoptar la que hoy presento, y de la que se me acusa. Fuí es cierto, enemigo de las bicicletas, pero con una enemistad noble y fuera de toda agresión. Nunca me pegué con ninguna bicicleta, y eso que en algunos casos me fué preciso huir por no defenderme de ellas como un hombre. Hoy no tengo más remedio que defender-

las. La amistad obliga, y mi amistad con un revolucionador de las bicis, me hace desdecirme de cuanto antes dije, y sentir hasta una especie de sincera simpatía por mis, hasta ahora, enemigos.

Mi amigo me ha puesto en evidencia. De sobra sabía mi posición ante los aparatos de los ruedas, pero no le sirvió esto para por prudencia, acallar las voces de su popularidad, y mezclarme a mí en la prueba pública de sus experimentos. ¡Y precisamente, aquí donde se me conocía por mi «bicifobia»! Al principio de las pruebas, al verme públicamente mezclado en asunto tal, y al sentirme en la calle admirando a una bicicleta suigéneris, no sabía ni cómo mirar, ni cómo comportarme. Tal era mi vergüenza ante la claudicación. Después, como pasa a todos con la costumbre, quité importancia a la cosa, perdí la vergüenza que me quedaba, y pregoné a voz en grito la conveniencia y ventaja del nuevo sistema. Quizás esto de que fuese nuevo sistema, sirviese algo para apagar la voz de mi conciencia, que me afeaba la poca hombría de cambiar de chaqueta a la primera de cambio.

Y hoy confieso que me encuentro perfectamente, no sé si con la satisfacción de devolver a las bicicletas el honor que les mermaba, si por encontrarme totalmente desprovisto de prejuicios. Todo por mi buen amigo. Quizás él sepa apreciar mi sacrificio que todos sabemos lo que cuesta desdecirse, y dar el brazo a torcer, como vulgarmente se dice. Y si no lo sabe, cambiaré de posición otra vez, y a ver qué pasa.

HERO

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 174
La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

roveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)